

XVI Semana del Tiempo Ordinario, Ciclo A (Año Impar)

Introducción a la semana

Las anteriores lecturas del Éxodo nos dejaron a los israelitas saliendo de Egipto. No iba a ser fácil esa escapada. El faraón reaccionó pronto organizando una persecución para recuperar la "mano de obra" barata que estaba a punto de desaparecer. Los hebreos temieron ser presa del ejército enemigo y se quejaron a Moisés de haberlos sacado del lugar seguro en que habían vivido tanto tiempo. Sólo él confiaba plenamente en la fidelidad de Dios a su promesa, que se reveló, una vez más, favorable a su pueblo, haciéndolo atravesar victorioso el Mar Rojo y hundiendo en él a las huestes del faraón.

Pero cuesta confiar cuando la realidad es hostil. Nueva protesta del pueblo por falta de pan y de carne, añorando las ollas de Egipto (y olvidando que sus comidas de entonces las hacían estando sometidos). Y nueva demostración de la presencia providente de Dios al procurarles alimento suficiente. Haciendo balance del tiempo transcurrido por el desierto, el Señor les recuerda su solicitud por ellos y les propone un pacto que parecen aceptar de buena gana: se comprometen a observar los preceptos del Decálogo (los diez mandamientos) que Dios les dicta a través de Moisés. La alianza se ratifica y se sella con sangre. ¿Sabrán ser fieles a ese compromiso, como lo es Dios siempre al suyo?

Jesús tampoco lo tiene fácil con los que le escuchan y le piden signos evidentes de su misión entre ellos. El signo definitivo –todavía futuro– no será otro que su resurrección. Sólo convencerá a quienes desde ahora acojan con sencillez su palabra –expresada en imágenes (en parábolas)–, que les irá revelando progresivamente los secretos del reino.

Celebramos en estos días a una de las discípulas de Jesús que más cerca estuvieron de él: María Magdalena. Amó profundamente al Maestro, estuvo presente en los momentos más decisivos de su vida y fue testigo privilegiado de su resurrección, anunciándola por mandato suyo a los demás discípulos.- Y recordamos también a santa Brígida de Suecia (s. XIV), que después de educar a sus ocho hijos se consagró a Dios, recibió unas excepcionales revelaciones místicas relacionadas con la renovación de la Iglesia y la sociedad de su tiempo y fue declarada por Juan Pablo II patrona de Europa.

Fray Emilio García Álvarez

Convento de Santo Domingo. Caleruega (Burgos)

Con permiso de dominicos.org